

humanas, porque simplifica su objeto y su dominio. El hombre, para creer en un atributo de Dios, en una de sus leyes, en una de sus voluntades, en una de las causas porque ha creado el mundo, ó en uno de los medios que ha empleado para crearle, conservarle, desarrollarle y repararle; para creer en un derecho ó en un deber, por extraordinario é incomprensible que le parezca, el hombre no necesita saber mas que una cosa y la mas facil de todas: si la autoridad, que es á sus ojos el órgano de Dios, y aun Dios en persona, lo ha dicho ¹.

Hemos demostrado la verdad de la autoridad única por la necesidad, su evidencia y su esplendor, á lo menos actuales, y, si podemos decirlo así, por su *Presencia real*, irresistible, en medio de nosotros.

Esta especie de lógica es mas que suficiente á los ojos del hombre superior, y sobre todo á los ojos del hombre de buena fe.

Y con todo no es la sola.

Otra existe que, bien entendida, y reunida á la primera, parece suficiente para no dejar mas refugio que la convicción á nuestros enemigos.

¹ Tal es la regla dada á una sociedad célebre, por un grande hombre, en estos términos sublimes como el pensamiento que expresan: *Singuli subditorum in duce Christum veluti presentem agnoscant.*

Como la verdad de la autoridad única se demuestra por su propio caracter de evidencia, esta autoridad se prueba por el caracter igualmente visible, admirable, irresistible de la verdad práctica de que es juez, razon y órgano.

Este caracter de la verdad que puede considerarse como el mas infalible ó, si se quiere, el menos disputable de sus *Criterios*, consiste en sus beneficios. La verdad, como el error, su adversario, se conocen por sus consecuencias, como los hombres, y por la misma razon, se conocen por sus obras ¹.

La autoridad única empieza por suscitar, reconocer, establecer, conservar las autoridades múltiples ó las sociedades, ó, como dice ella muy bien, las órdenes religiosas. Todo, en la religion, y hasta su nombre, (*religare*) es union, y por eso en ella todo es fuerza.

Los órdenes políticos, y aun civiles, van despues de las órdenes religiosas fuera de las cuales no hay mas que individuos, es decir, enemigos, ó, para hacernos entender mejor por medio de una enérgica comparacion sacada del orden fisico, (donde todo es orden tambien, porque todo viene de la unidad y vive por la unidad)... *granos de arena* y un *huracán*.

¿Cuales son en efecto, en resumidas cuentas, los preceptos y los rigores, en general, de esa autori-

¹ *A fructibus eorum cognoscetis eos.* S. MATEO, cap. VII, 16.

dad única, de esa Iglesia romana que parece el único objeto de nuestros resentimientos?

Esa Iglesia nos prescribe la *Fe*, la *Esperanza* y la *Caridad*; es decir, que en un solo precepto, ha atendido á los intereses de Dios, á los intereses de nuestro prójimo, y sobre todo á los nuestros propios, porque, aun para el mas descontentadizo, *esperar* es mucho mas que *gozar*.

En punto á dogmas, todas las enseñanzas de sus libros y de sus oradores se reducen á la enseñanza de una creacion, de una conservacion¹, de un fin, todos milagrosos, de un mundo físico y temporal *secundario*, en la espectacion de un mundo *principal*, espiritual y sin fin: — es decir que, en el fondo, todas las enseñanzas de la autoridad católica se reducen á la de un Dios, que no puede concebirse sin misterios², sin milagros, sin atributos, sin accion estra ordinaria, en fin, sin omnipotencia.

— En punto á moral, todas las enseñanzas de la Iglesia católica se limitan, para todos nosotros, á hacernos entender, ó mas bien á recordarnos, que estamos perpetuamente, de día como de noche, á la vista y bajo la mano de la Providencia.

¹ El inventor de la historia de la creacion (el *Genesis*) y el inventor de la historia de la reparacion (el *Evangelio*) serian mas grandes que los heroes de ambas.

² Sencilla y brillante proposicion de Tertuliano: El hijo de

Cuando estamos varios juntos, á contar siempre á Dios por uno¹.

Y á hacer de esta suerte todo lo que queramos².

Es decir:

I. A sufrir todos los bienes y todos los males, aun la muerte, que no hemos podido impedir sin mal, y que recibimos de nuestros semejantes, de nuestros superiores, ó de la naturaleza como enviados por el mismo Dios que pudiendo impedirlos en sus agentes ó paralizarlos en sus súbditos, los ha tolerado no obstante; porque Dios, por una especie de evolucion divina, hace redundar la accion de los malos en castigo, es decir, en el interés de los buenos, y bajo su imperio es una ley constante que el mal nunca daña mas que á su autor, pero le daña de seguro tarde ó temprano.

II. Abstenernos de pensar, desear, querer, decir³

Dios ha muerto; esto es creible, porque es ridículo: despues de enterrado, resucitó; esto es cierto, porque es imposible.

¹ « Los jóvenes necesitan que se les hable á los sentidos^{*}, y por eso multiplicaré alrededor de mi hijo los signos significativos de la presencia divina. Si hubiese, por ejemplo, reunion en mi casa, yo señalaria un sitio para Dios y acostumbraria á mi hijo á decir: « Eramos cuatro, Dios, mi amigo, mi ayo y yo. » DIDEROT, *Reflexiones filosóficas*.

² *Ama Deum, et fac quod vis*. S. AGUSTIN.

³ El error, es, bajo ciertos conceptos, mas culpable que el cri-

^{*} Y por consiguiente los hombres provecctos y los ancianos, y sobre todo los filósofos, mas *sensuales*, ó si se quiere mas *sensatos* que los jóvenes.

y hacer nada á los demas ó á nosotros mismos que hiera física ó moralmente su existencia¹ y sus libertades legítimas ó las nuestras, sea cual fuere el

men, porque es su semilla. Un error ha bastado y basta todavía para engendrar todos los crímenes.

¹ La ley del *domingo*, la de la *abstinencia hebdomadaria*, la del *ayuno cuaresmal*, etc., son leyes cuya violacion daña física y moralmente la salud y aun la existencia del hombre. La primera, que Laplace, Delambre y Lalande hallan en todos los países y en todos tiempos, sin hallar su origen en ninguna parte, se funda en la naturaleza limitada de las fuerzas humanas. Si todos los días sentimos la necesidad de una hora de descanso, todos los años la de uno ó varios meses de vacaciones, y en los últimos de la vida la de un retiro absoluto, natural es que sintamos la necesidad relativa de un día de descanso entre siete.

La *abstinencia* en día y el *ayuno* en año fijos, serian *recetas* de primer orden de la Facultad de medicina si dejasen de ser mandamientos de la iglesia. Los fisiólogos mas hábiles, así antiguos como modernos, han reconocido unánimemente que los hombres mas sedudos pecan cotidianamente contra la sobriedad, y que los nueve décimos de las enfermedades crónicas son el efecto del *pecado* que la iglesia ha declarado *capital*, como ha proclamado *capital* y *sacramental* el ayuno que es su medicina.

La prohibicion de los teatros y aun de los bailes mundanos está fundada en razones análogas. Está probado, y seria menester negar la evidencia para no reconocerlo, que aun suponiendo, cosa que nunca se ha visto, que haya pudor entre los actores y, cosa que de día en día va siendo mas rara, que tengan moral los autores, el *hábito* de asistir al teatro (y por consiguiente asistir á él *una sola vez*), escita toda especie de pasiones en el teatro mismo: — el orgullo y la envidia por las desigualdades y los contrastes; la lujuria, ó á lo menos el desorden de los sentidos, por el lujo y la reunion de los sexos; y, en la casa, la tristeza y la cólera.

La ley del matrimonio *sacramental*, la de la *educacion*, la de la paternidad sobre todo, son leyes que preservan y conservan todas las existencias. En el día especialmente, se violan con frecuencia y

daño que temamos de parte de ellos ó que creamos que nos han hecho; á mirar el alma de nuestro prójimo como el árbol del bien y del mal, al que nos está vedado tocar só pena de muerte (lo que escluye la plaga de la maledicencia); á abstenernos, en fin, del orgullo y de la lujuria, las dos únicas causas de todos nuestros crímenes y de todos nuestros males, aun físicos, que casi podrian reducirse á una; porque la lujuria es el orgullo de los sentidos, como el orgullo es la lujuria de la inteligencia.

III. A pensar, á desear, á querer, á decir, á hacer, en el interés de Dios, en nuestro interés y en el de los demas (empezando por los mas dignos, cualquiera que sea el daño que temamos de parte

esta es la razon porque son tan profundos el mal social y el mal individual.

La ley moral que prohibe el suicidio (el desafio es un doble suicidio), es, mas visiblemente todavía, una ley de esta naturaleza, profundamente *humana*. El hombre no podria tener el derecho de destruirse sino en cuanto tuviera el poder de crearse á sí mismo, y carece hasta de la facultad de hacer ó de aniquilar un átomo. Por la sola razon de que existe, de que vive en sociedad, está rodeado de *derechos adquiridos*, aun sin contar el de Dios. Mirabeau respondió superiormente, prescindiendo del orgullo de su respuesta, al constituyente que le envió un cartel de desafio: *Yo no quiero esponer la vida de un hombre de talento, como yo, contra la de un necio, como vm.: el partido no es igual*. Y mejor aun respondió Turenne en una ocasion análoga: *Yo peleo por la gloria y no por el honor*.

En último análisis, el poder que no castiga estos crímenes, aun sobre los cadáveres, los ordena, y tarde ó temprano, los espía.

de ellos ó que creamos que nos han hecho), todo el bien que podamos, temerosos de que aquel contra quien faltásemos á la caridad, no sea el mismo Jesucristo en persona ¹;

Y para particularizar un deber de accion ó algunos deberes de inteligencia fundamentales;

A adoptar, con preferencia á todas las otras profesiones, la mas necesaria á nuestros semejantes, y la mas facil á nuestra posicion y nuestra familia sociales, y ejercerla lo mas cerca posible del punto en que nos ha hecho nacer la Providencia

Cuando la Providencia, ó, si se quiere, la naturaleza nos ha hecho nacer súbditos, á sufrir los rigores y aun las iniquidades del poder mas duro, como el único medio y el medio seguro de prevenir ó de reparar sus iniquidades contra nosotros, y, sobre todo, como el único medio de existencia para el poder, fuera del cual no hay ni unidad, ni orden, ni justicia, ni prosperidad posibles.

Y cuando nos ha hecho nacer y nos deja ser rey, para no citar mas que el mas grande de los grandes deberes, y el mas grande de los pequeños, á fortalecer, ó mas bien á dejar que se fortalezcan naturalmente por sí mismos los curas por la mas rigurosa eleccion de los obispos, electores de los curas; á no descontentar ó desesperar, á proteger, á

¹ *Date omnibus, ne cui non dederitis ipse sil' Christus. S. AGUSTIN.* El mismo padre ha dicho de un modo mas general: *Omnis christianus, Christus.*

engrandecer sin inconveniente á los ciudadanos, no llamando á los empleos y á los honores públicos mas que á los mas dignos, es decir á los mas desinteresados y á los mas capaces, y no dando nunca un segundo empleo al que ya tiene uno, cualquiera que sea, porque un hombre dividido es un hombre que se aniquila.

A prever el suceso mas terrible; á estar preparado á él constantemente, de modo que nunca le sorprenda, siendo la *sorpresa* el mas comun y el mas funesto⁷ de nuestros males.

A *hacer bien* el bien que hacemos *actualmente*, siendo la desgracia mas comun y mas funesta, no tanto el negar ó no amar la virtud, como el dejarla para mas adelante.

A vivir, en cuanto sea posible, constantemente como si nuestro espiritu estuviera en el cielo, y nuestro cuerpo en la tumba.

Y esto (porque esto solo constituye en sí la virtud católica) no porque lo creamos util á los demas ó á nosotros mismos, sino por espiritu de obediencia, porque Dios nos lo ha mandado, en su nombre y para su mayor gloria posible.

De todas las cosas que enseña la Iglesia, nunca

⁷ La *sorpresa*, propia del no cristiano, es la causa inmediata: 4°

se ha atacado ni se ataca todavía seriamente¹ mas

de su cólera contra sus semejantes, pecado capital, y generador de las violencias materiales, de las enemistades y por consiguiente de los nueve décimos de los disgustos y de las desgracias de la vida; 2° de su impaciencia contra la Providencia, de sus enojos, de sus tristezas, de sus enfermedades y á veces de su desesperacion.

¹ No tenemos ahora tiempo ni precision de justificar, con arreglo á la razon comun, las grandes circunstancias dogmáticas de la creacion ó de la conservacion del doble mundo físico y moral: ya lo hemos hecho en una obra inédita, en la que demostramos, por medio de analogías ó de razones nuevas:

I. Que si hay una historia, una moral, una filosofía y aun una literatura* y una enciclopedia en el mundo, en el Viejo Testamento se encierran: — que si hay un perfeccionamiento** de este, proporcionado á los progresos del bien y del mal, en el Nuevo se encierra; — que si fuera posible hacer abstraccion de ambos por un solo momento en el mundo, cual lo conciben los filósofos mas intrépidos, el mundo no seria posible ni concebible un solo instante: — que los hombres mas sabios y mas populares, igualmente que todos los demas, deben á estos dos libros, ó por mejor decir, á este único libro, á esta Biblia por excelencia, sus mas grandes y aun todas sus bellezas: — que le deben, de cerca ó de lejos, todas sus acciones nobles y todos sus goces puros: — que la sociedad le debe la religion y el sacerdote, á quien se lo debe todo, inclusa su propia existencia: — que le debe, en particular, entre otros 40.000, 400.000, aquel sublime patriarca de la ley escrita, aquel primer ministro de los Faraones,

* He aquí dos rasgos poco notados entre un millon que pudiéramos citar, uno de literatura política, otro de literatura moral, sin salir de los Salmos. « Pon, Señor, legisladores sobre ellos, para que sepan que son hombres: *Constitu, Domine, legislatorem super eos; ut sciant gentes quoniam homines sunt.* Salmo 9. No venga á mí el yie del orgullo: no me toque la mano del pecador: *Non veniat mihi pes superbiae: et manus peccatoris non moveat me.* Salmo 53. » Y es porque en efecto el orgullo anda y el crimen toma ó toca.

** Esta voz no se halla en el Diccionario de la Academia, pero es una de las que al fin tendremos que adoptar, porque hace falta, á menos que se invente otra para espresar el *perfectionnement* de los franceses, que no equivale en todos los casos á nuestra perfeccion. — N. del T.

que el dogma de la presencia de Dios y del libre al-

trunfante de sus hermanos y de sí mismo, cuyo *yo soy José* hacia estremecerse á Voltaire; — y aquel sublime apologista de la ley de gracia, aquel apóstol vencedor de las naciones y de sí mismo, y que triunfaba en particular del rey Agripa, en aquel coloquio que eclipsa todas las elocuciones que conocemos y que pasmaba al mismo D'Alembert: « Poco falta para que me persuadas á que me haga cristiano. » « ¡Ojalá no faltase nada y que llegaseis á ser, vosotros todos los que me ois, semejantes á mí, con exclusion de estos lazos, » y señaló sus cadenas!!! Y despues de leer cien veces esta magnífica respuesta, creo siempre leerla por la primera vez.

II. Que la Trinidad, por ejemplo, que la iglesia enseña en Dios, está, sin advertirlo nosotros, tan rigurosamente, como elemento, en cada uno de todos los seres físicos y espirituales de la naturaleza, hecha á semejanza de su autor.

III. Que la encarnacion del hijo único de un Dios único, por el medio de una virgen, es decir de una muger única, es una cosa tan natural, mil veces mas natural, cuando lo pensamos maduramente, que la encarnacion comun de un hijo del hombre.

IV. Que su vida y su muerte humanas, modelos de vida y de muerte humanas, eran, para el Criador del mundo humano, la primera condicion natural de la sabiduría y del deber, si puede suponerse un deber para el Criador de los deberes.

Que la vida de una Santa Virgen, es decir de una muger fuerte y hermosa juntamente, era una condicion de esta especie.

Regla general. Dios opera (¿no operamos nosotros?) por medio de causas segundas, y así quiso poner un medio entre él y María (Jesus), un medio entre Jesus y el hombre (María), uno entre el hombre y los santos (el sacerdote), y, en fin, uno entre el hombre y el sacerdote (sus semejantes).

Y de aquí proviene:

1° Que los hombres mas grandes de todas las comuniones han tenido una fe especial en María, un amor único á aquella cuyo nombre mismo es casi el anagrama de amar*.

2° Y que han, en cierto modo, como lo pide el discípulo queri-

* En frances el anagrama es perfecto: *Marie, aimer.* — N. del T.

bedrio del hombre; el de la imposibilidad de sal-

do, amado mas á sus semejantes y sobre todo al sacerdote *que ven* todos los dias damos gracias á la Providencia de la literatura, que *do* á Dios á quien no ven (I. Epist. IV, 20).

V. (Hemos demostrado separadamente, con una dicha por la que todos los dias damos gracias á la Providencia de la literatura, que la *presencia real* no es mas que un punto de la *presencia perpetua* de Dios; y que la misma transubstanciacion no es mas que un ejemplo, entre mil, de la accion de la naturaleza ordinaria, que no es otra cosa mas que una perpetua trasformacion.

Era natural, era preciso que Dios pareciese y aun estuviese presente en todos los sitios, en todos los hombres y aun en todos los tiempos, único en el fondo, aunque dividido hasta el infinito en apariencia, á fin de recordar y aun de realizar la unidad, y, por consiguiente, los deberes de caridad reciproca de todos los hombres, sin excepcion.)

VI. Que el fin del mundo es la ley de todos los seres temporales ó creados, la consecuencia rigurosa de su principio; que es el *objeto* y, digámoslo así, el *fin* del mundo, en el que toda criatura *gime*, como dice el apostol S. Pablo, como el mismo Dios, en miras accidentales; no nace, es decir, no sale de su eterno reposo, de su vida eterna, mas que para volver á ella para siempre; que el fin por medio del fuego, es la doble consecuencia de la naturaleza del mundo y de la naturaleza del fuego, el uno perpetuamente destructible, el otro perpetuamente destructor.

VII. Que la *resurreccion* física ó la *reparacion* de los cuerpos, que es tambien una especie de ley general de los seres, fenix sin fin que renacen de sus cenizas y que la razon admite aun mejor que su *creacion*, quedaria perentoriamente justificada, aun cuando no fuese mas que como medio del juicio universal y último, que es por su parte un medio de felicidad para los elegidos y de glorificacion para Dios.

VIII. Que la inmortalidad del alma, en fin, no es tambien mas que una aplicacion de la ley de la naturaleza, reconocida en último análisis, por el físico mas grande del siglo, Berzelio, en virtud de la cual *nada*, absolutamente *nada*, ni aun siquiera un átomo, puede perecer y sí solo trasformarse y aun perfeccionarse, ¡es decir, espiritualizarse tal vez!

vase fuera del gremio de la Iglesia; el del corto

IX. Que la recompensa ó el castigo, aun temporales, de la virtud mas olvidada ó mas perseguida y del mas enorme crimen impune al parecer por poco ó por mucho tiempo, es la consecuencia mas rigurosa de la justicia y de la omnipotencia de Dios, y de la naturaleza íntima del hombre. Y en efecto, el autor de una virtud, el culpado de un crimen, su víctima y aun su testigo, experimentan la necesidad de la esperanza ó del temor (y la sola irresolucion es aquí temor, y todos tienen este temor, solo que mas ó menos) para detenerse delante del crimen.

Y hasta un *Mardoqueo* en el reino de Aman, el *campanario de San Dionisio* á las puertas de la capital de Luis XIV, un *grano de arena en la uretra de Cromwell*, una gota de agua, una mosca, un pensamiento secreto, la sola idea de la muerte, un remordimiento ó un minuto (y Dios tiene toda la naturaleza, todas las pasiones y todas las acciones, todo el hombre y todos los hombres, y, si es preciso, todos los pueblos) para castigar suficientemente, antes ó despues de cometido el pecado (sin lo cual la inocencia seria forzada y el *mérito* imposible), á un súbdito ó á un rey cualquiera.

La facilidad y los medios de recompensar visible é invisiblemente en la tierra las mas grandes virtudes y los mas grandes méritos, son aun mas evidentes. Dios ha puesto en las mas humildes, en las mas miserables condiciones sociales, en las minas de hornaguera, en los presidios, en la agonía y aun, y sobre todo tal vez, en los cadalsos, delicias y gracias de que no tenemos idea....

La eternidad toda entera, terrible ó deliciosa, puede acaso no tener que castigar mas que la *última* prevaricacion, el ateismo, es decir todos los crímenes reunidos, ó que recompensar mas que la fe final del moribundo.

Y tal es en efecto la opinion unánime de los antiguos y de los modernos. Testigos las *Demoras de la justicia divina*, de Plutarco; los *Tratados de la Providencia*, de Séneca, de S. Crisóstomo, de Salviano, de Teodoreto. etc., (S. Crisóstomo tituló primitivamente el suyo: *A los que se escandalizan de su destierro*); la *Muerte de los perseguidores*, de Lactancio; y, en nuestros tiempos, la *Continuacion de los imperios*, de Bossuet; la *Mano de Dios sobre los incrédulos*, de Touron; la *Némesis divina*, de Linceo; las *Noches*

número de sus elegidos¹; en fin, el dogma de la eternidad de los castigos.

de San Petersburgo, del conde de Maistre, etc., etc., y hasta el *Sistema de las compensaciones*, de M. Azais.

X. Que todos los *misterios*, en fin, y todos los *milagros* que nos parecen tan singulares en la religion, son para nosotros evidencias y cosas ordinarias en la naturaleza; ó, si se quiere, que las verdades físicas, que nos parecen mas evidentes, nada tienen de evidencia. Apenas se ha nombrado á la naturaleza, ya no hay problema, sino misterio; ya no se trata de explicar, sino de esponer. Newton en el siglo XVIII, Cauchy y Poisson en el dia no hacen otra cosa; conocen, cuando mas, ocasiones, medios y efectos presentes, pero *causas primeras ó razones suficientes*, jamás.

XI. Que los instrumentos, aun los mas viles al parecer, de la creacion ó de la reparacion del mundo, la *serpiente*, el *asno*, el *cordero*, la *cruz*, son, bien examinados, como el *pan* y el *vino* (en la *Demostracion Eucaristica* lo hemos manifestado) maravillas, es decir cosas puramente racionales, muy sencillas y al alcance de la inteligencia humana.

XII. Que hay algunos elementos de la naturaleza, como el *número*, el *círculo*, el *fuego*, el *iman*, cuya historia natural y cuyos fenómenos pueden representar la historia entera del Cristianismo.

XIII. Que la mas pequeña idea, la mas pequeña verdad, el mas pequeño elemento, prueban las mas grandes *ideas*, las mas grandes *verdades*, los mas grandes *elementos*, hasta la pluralidad de los mundos y Dios.

La mas pequeña causa prueba: la mas grande: — el hombre: *Dios* y el *diablo*: — la tierra: el *cielo* y los *infiernos*: — el minuto de tiempo: la *eternidad* y lo infinito de un minuto; — el mas pequeño movimiento: el infinito giro de los astros: — la mas pe-

¹ La verdad del corto número de los elegidos en el gran número de los humanos (y sea dicho de paso), bastaria ella sola para hacer conocer al escritor católico, que está obligado á admitirla, la falsedad de un sistema que presenta el testimonio del mayor número como el principio y la prueba de la verdad.

Y sin embargo la presciencia de Dios es la consecuencia rigurosa de la existencia de Dios, que, habiendo creado las causas, debe ver sus efectos, esto es, la accion desde antes de haber sucedido¹.

queña oposicion y la mas pequeña victoria: las luchas entre Dios y el demonio, el bueno y el malo, el bien y el mal; — el mas pequeño atributo del hombre: los mas grandes de Dios: — la mas sencilla prevision: todas las *profecias* y todas las *predestinaciones*: — la mas sencilla libertad: el *libre albedrio*: — la mas pequeña fuerza: la del *milagro*: — el mas pequeño mérito: el del *martirio*: — el corto número de los buenos: el de los *elegidos*: — la mas pequeña belleza: la de *Dios*: — la mas pequeña scaldad: la del *diablo*: — el mas pequeño placer: el del *cielo*: — el mas pequeño dolor: el del *infierno*: — el mas pequeño juicio: el *final*!!!...

Y, descendiendo, la unidad numérica prueba: el *infinito* matemático: — el mas sencillo derecho: la *potestad real*, etc.: — la infalibilidad relativa del juez: la del *papa*: — la facultad individual de matar: la *espada de la justicia* y la *guerra*: — un oficio: el *sacerdocio*: — una ceremonia civil: todo el *culto* católico: — una sociedad mercantil: las *órdenes religiosas*: — la declaracion honrosa: la *confesion* gloriosa: — el mas pequeño padecimiento: la *Pasion* de Jesucristo.

Y esto porque el *principio* de una cosa implica su último *fin*; y porque no se concibe la mas pequeña *parte* sin el *todo* absoluto.

Y en fin y sobre todo, como dijimos pocas páginas mas arriba, esto es cierto, porque la autoridad suprema, Dios, lo ha dicho. Añadir pruebas seria superfluo en virtud de este argumento.

¿No nos sucede, todos los dias, á cada instante, dadas tales causas, prever las consecuencias sin contribuir en nada á producir las? El soberano que, con el objeto de atraer viajeros á su capital, hace construir caminos, puentes, calzadas, etc., dirige la eleccion del viajero sin tiranizarla, la conoce sin preverla. El hombre posee la facultad habitual de la presciencia; la posee en tanto mas grado, cuanto es mas ilustrado y tiene mas talento, y

El libre albedrío humano es, á su vez, la consecuencia de la justicia de Dios, que no le permitiría prescribir á los hombres, bajo penas severas, deberes que no les fuera posible y aun fácil desempeñar. Pero, cuando dos hechos son incontestables, ¿tenemos derecho para exigir su conciliación?

Y sin embargo la verdad de la imposibilidad de salvarse fuera del gremio de la Iglesia católica es la consecuencia inevitable de su intolerancia, ¡intolerancia que hemos reconocido inevitable!

Y sin embargo la verdad del corto número de los elegidos, que no tiene por lo demás nada que ofenda á nadie, pues todos están llamados á formar parte de este corto número¹, y pueden conseguirlo ¿como la hemos de desconocer á la vista del corto número que hallamos en todas las clases de la sociedad, y hasta en la comunión católica, de hombres verdaderamente ilustrados, buenos, caritativos, obedientes con sus superiores, pacientes con sus iguales²?

nuestro gran Dios que no posee solamente el saber y el talento por excelencia sino que ha creado todos los saberes y todos los talentos, ¡no habia de tener una facultad que tienen los humanos!

¹ Dios quiere salvar á todos los hombres. (I. Tim. 2.)

² Nada decimos de los niños de las comuniones disidentes, y aun de la comunión católica, muertos antes del bautismo. Si fuera cierto como se cree comunmente en la Iglesia, que su destino es menos feliz que el de los otros niños, siempre sería, á sus propios ojos, muy preferible al no ser. Y la Providencia, que seguramente se lleva en esto, como en todo, miras de justicia que no contradicen á la razón, pero que no están á su alcance, hubiera siempre sido generosa con aquellos niños.

Y sin embargo la verdad de la eternidad de los castigos es la consecuencia rigurosa de la eternidad del crimen, la cual es también la consecuencia rigurosa de la impenitencia final del culpado, que no cesa entonces en efecto de perpetuar su crimen sino en virtud de un hecho independiente de su voluntad, la muerte.

De todos los deberes que nos impone la autoridad católica, nunca sus adversarios han podido ni podrán jamás atacar mas que los deberes del culto, que les parecen demasiado nimios, y sobre todo demasiado numerosos y severos, y, como tales, inferiores á la dignidad del hombre y á la grandeza de Dios.

Y sin embargo preciso es que tomemos al hombre como él es, y nadie ignora que es una disposición natural de su débil entendimiento olvidar lo que le está oculto, y conservar solo lo que le recuerdan. El culto, con su lengua propia, única juntamente y universal, clásica y sagrada, clara y misteriosa, muerta y viva, inalterable é inmortal, con sus numerosos elementos, sus numerosas ceremonias y sus numerosos deberes¹, no es otra cosa

¹ Y hasta la comunión. La filosofía da vueltas alrededor del corazón; solo el cristianismo podía introducirse en él. Supongamos un hombre que crea en la Eucaristía (suposición poco difícil) y que acabando de recibirla se halla delante de un crimen ¿qué poder en la naturaleza le detendrá si su creencia no le detiene? (Véase la *Demost. Eucar.*)